

á toda costa un barco que les condujese á Argel, á donde querian pasar para acogerse al pabellon de la república francesa.

Muchas dificultades tuvieron que vencer para hallar esta proporcion.

Grave era el compromiso del patron que los admitiese á bordo de su buque, si le sorprendian, ó era descubierto en el mar; pero por fin, este embarque se verificó en un barquichuelo de los que sirven para conducir carbon al continente.

La oscuridad de la noche favoreció á los fugitivos, y encomendándose á tan frágil embarcacion, hicieron rumbo á las costas de Africa, después de haber satisfecho generosa y cumplidamente al patron que tal riesgo acometia.

A los deportados que no pudieron disponer de fondos, les suplieron algunos de sus compañeros; y los mismos sugetos de la isla que habian protegido su fuga.

Hechos por fin á la vela, dijoles el patron que no podia arribar con su buque á ningun puerto de Africa, y mucho menos á Argel, careciendo de documentos y por consiguiente del indispensable rol, siendo por esta circunstancia segura su esposicion y la de ellos mismos, porque no serian admitidos, y él descubierto por parte del cónsul español.

Convencidos de este inminente peligro, siguieron su derrotero huyendo de dar vista á ninguna poblacion.

Por fin, al cabo de tres dias de angustias, desembarcaron en una playa desierta de Africa; el barco desapareció, y ellos, sin guia, sin comestibles, se dirigieron á la ventura hácia el sitio que suponian debia encontrarse Argel.

Después de largas leguas de fatigosa marcha, estenuados de hambre, de sed, y mas que todo del sofocante calor de aquel

clima, divisaron una casa junto á una playa no remota.

Conferenciaron entre sí lo que debian hacer, y determinaron que solo dos marchasen á ella para explorar el terreno, porque los diecinueve juntos pudieran infundir sospechas y causar alarma, tanto si era aquel pais conquistado por la Francia, como si pertenecia á los árabes, porque en este último caso corrian el inminente riesgo de ser tenidos por franceses y asesinados en el acto por aquellos indígenas.

Partieron en efecto los dos, y como tardaron mas de dos horas en regresar, iban creyendo sus compañeros que les habia sucedido alguna desgracia, que ellos mismos probablemente habrian de sufrir mas tarde; pues no sabian á dónde dirigir su incierta planta.

De esta dolorosa perplejidad sacóles de repente la vista de sus compañeros que en lontananza asomaban; pero no ya solos, sino en compañía de dos militares vestidos á la europea.

Presumieron que serian franceses.

Efectivamente, ocupaba aquella casa un destacamento de tropas de la república francesa.

Los dos emisarios madrileños habian sido muy bien recibidos de los oficiales, y la causa de su detencion no fué otra que el querer enterarse de todas las circunstancias que concurrían en aquellos emigrados que se acogian á su pabellon.

Después de haber descansado todos en esta casa, y tomado algun alimento, les entregó el comandante francés un escrito, y guiados por un soldado, se encaminaron hácia Argel, que desde aquel punto distaba aun dieciseis leguas.

En este viaje á pié y por medio de despoblados, sufrieron algunas privaciones y molestias; pero por fin llegaron á la antigua

córte de los Beyes y encontraron la hospitalidad que apetecian y á la cual eran tan acreedores.

Seria tarea interminable la de relatar la historia de estos emigrados, puesto que cada uno siguió distinta suerte.

Algunos se trasladaron á Francia, otros se quedaron en Argel, y aun hubo quien con pasaporte de las autoridades francesas y nombre supuesto, regresó á España y estuvo oculto en Madrid.

Los demás corrieron varias vicisitudes hasta que la amnistía les abrió las puertas de su querida patria.

Dejémosles seguir su suerte, y volvamos á Ibiza donde hemos dejado á la mayor parte de los deportados.

CAPITULO XXXIX.

AVIDEZ DE VENGANZA.

Ya sabe el lector que fueron veinte los que se sustrajeron á la implacable persecucion del gobierno, cuyo ánimo no era otro que trasladarles á Filipinas.

Del destino de diecinueve de estos infortunados hemos dado ya, aunque muy sucintamente, noticia exacta; falta ahora que hablemos del otro que separado de los demás, porque ignoró su paradero, sufrió distinta suerte y fueron tantas y tan acerbos sus vicisitudes y desgracias, que creemos interesarán á nuestros lectores.

Don Miguel Ortiz, aquel de quien dijimos que los periódicos de Madrid habian publicado ser otro de los muertos en la madrugada del 7 de mayo, hacia pocos dias que habia llegado á la isla, por haberse quedado enfermo en Valencia, cuando salieron de este punto sus compañeros.

No conocia las costumbres del pais; y cuando se le dió aviso